

Historia del Caballero Cobarde

y otros relatos artúricos

VICTORIA CIRLOT

Las Tres Edades Ediciones Siruela

HISTORIA DEL CABALLERO COBARDE

Gauvain cabalgaba solo en medio del bosque. Había estado durante todo el día tan sumido en sus pensamientos que se había desviado del camino sin darse cuenta, y ahora se encontraba en medio de unos altísimos árboles cuyas frondosas ramas impedían ver la luz de un día ya agonizante. Cuando pensaba disponerse a pasar la noche en aquel profundo bosque, los árboles parecieron apartarse para abrir un claro que se presentaba ante su mirada bañado por una dorada luz crepuscular. Y de pronto vio venir a un extraño caballero. Cabalgaba del revés, dando su espalda a la cabeza de su caballo, y llevaba las armas también del revés. Sostenía una lanza con la contera arriba y la punta abajo, y en el arzón de la silla colgaba una espada que también había invertido su posición habitual: el pomo miraba al suelo mientras la hoja se volvía hacia el cielo. Su aspecto producía un efecto desastroso, porque llevaba las faldas de la loriga en la cabeza y la cofia de anillos de hierro caía colgando por un lado. Gauvain detuvo en seco a su caballo y esperó a que el caballero se le

acercara. Cuando estuvo a poca distancia, el caballero desconocido le gritó:

–Por Dios, señor, no me matéis.

Ya a su lado, continuó diciéndole:

–Señor, ayudadme. Vienen persiguiéndome dos caballeros que quieren darme muerte. Vos parecéis un hombre noble. ¿Queréis decirme vuestro nombre?

–A fe mía, mi nombre es Gauvain y soy el sobrino del rey Arturo. Y vos, ¿quién sois que cabalgáis de un modo tan extraño?

–Señor, me llaman el Caballero Cobarde, porque no quiero combatir. Lo cierto es que nunca he entrado en ningún combate, ni he utilizado jamás estas armas que llevo del revés.

Y en esto, antes de que Gauvain pudiera preguntarle cuál era el motivo de su comportamiento y por qué querían matarlo, aparecieron dos caballeros negros a los que no podían vérselos los rostros, totalmente ocultos tras el yelmo. Con las lanzas bajadas y a todo galope parecía que, en efecto, no tenían otra intención sino la de dar muerte al Caballero Cobarde, quien de inmediato se había retirado a un lado, ahí donde el bosque comenzaba, para refugiarse tras unos árboles, mientras Gauvain rápidamente empuñaba su lanza y sujetaba con firmeza su escudo. Una de las lanzas adversarias vuela en astillas al dar en el escudo de Gauvain y el caballero se da a la fuga, al tiempo que la lanza de Gauvain desazona al otro caballero, quien, ya en el suelo, comienza a correr en dirección a su caballo, que cabalga despavorido detrás de su compañero. El Caballero Cobarde sale

de su refugio, suelta una carcajada y le dice a Gauvain:

–Señor, lo que acabo de ver ha sido una gran maravilla. Os lo agradezco mucho.

Gauvain le responde:

–Amigo, sería mejor que, en lugar de maravillaros, os comportarais como un caballero. A fe mía os juro que la próxima vez que nos encontremos no combatiré por vos.

Haciendo caso omiso de estas palabras, el Caballero Cobarde soltó otra carcajada y se alejó ante la mirada atónita de Gauvain, que pronto olvidó la aventura al divisar el sendero perdido al final del claro del bosque.

El Caballero Cobarde se adentró en el bosque muy contento por haberse librado de sus enemigos. No creía que volvieran a aparecer por lo menos hasta dentro de un tiempo, pues, sin duda, temerían volver a encontrarse con aquel caballero que en un instante los había vencido. Y así, despreocupado y feliz, el Caballero Cobarde iba cabalgando por el bosque, y así estuvo haciéndolo unos cuantos días y unos cuantos meses, hasta que pasó la primavera y después pasó el verano, y las hojas de los árboles empezaron a caer y a amarillear la tierra. Era un frío día de otoño cuando el Caballero Cobarde tuvo la sensación de que lo estaban siguiendo. Detuvo su caballo y aguzó el oído. No se oía nada, salvo el canto de los pájaros y el viento que azotaba las hojas de los árboles. Miró a su alrededor y divisó una pequeña colina, y desde lo alto de la colina, cuál no sería su espanto, vio cabalgar a lo lejos a dos caballeros negros. Despavorido por la visión, espoleó a su caballo y dio comienzo a una

carrera enloquecida hasta encontrar a un caballero al que se acercó pidiéndole ayuda.

–¿Y por qué vais así vestido y cabalgáis de esta extraña guisa? –le preguntó el caballero al que se acababa de encontrar.

Al oír su respuesta, el caballero le replicó:

–De ningún modo pienso combatir por vos. Ya podéis enderezar vuestras armas y montar vuestro caballo como es debido. Os digo desde ahora que no pienso ayudaros. Tendréis que arreglaros solo contra vuestros enemigos. Pero no sólo eso. Si ahora mismo no hacéis lo que os digo, os las tendréis que ver conmigo además de con ellos.

Y el caballero, que era muy esforzado y pertenecía a los elegidos de la Tabla Redonda que se dedicaban a la búsqueda del Grial –ese caballero no era otro sino Perlesvaus–, se echó a un lado, mientras todo el bosque retumbaba ya por los cascos de los caballos que se aproximaban a toda velocidad. El Caballero Cobarde no tuvo más remedio que hacer lo que le decía Perlesvaus y, acordándose de Gauvain, se agarró fuertemente a su escudo y empuñó la lanza con la firmeza que le permitió su temblorosa mano. Pero, cuando tuvo a los dos caballeros negros encima, una fuerza desconocida hasta el momento lo invadió de tal modo que desaparecieron todos los temblores y, como si todo él estuviera hecho de hierro candente, así se opuso a sus dos enemigos. Uno de ellos cayó muerto al suelo atravesado por su lanza. El otro fue degollado allí mismo con la hoja de su espada. Perlesvaus se acercó a él y le dijo:

–Amigo mío, hoy habéis cambiado vuestro nombre. A

partir de ahora ya no os llamaréis Caballero Cobarde. Vuestro nombre será Caballero Valiente.

Y el recién nombrado Caballero Valiente respondió:

–Si hubiera sabido antes que era tan fácil combatir, mucho antes habría recibido este nombre. A partir de ahora seré el Caballero Valiente, os lo prometo.

Perlesvaus y el Caballero Valiente se abrazaron, y cada uno siguió su camino. Perlesvaus cabalgó por valles y montañas, y un día se encontró con Gauvain en medio del bosque. El paisaje estaba todo teñido de blanco. Eran las primeras nieves de aquel invierno que prometía ser muy frío. Decidieron cabalgar juntos y pasar aquella noche en una ermita cercana. Al dirigirse hacia la ermita, vieron restos de un combate: astillas, un caballo atravesado por una lanza, un escudo roto, y también vieron cómo el rojo de la sangre teñía la blancura de aquellas primeras nieves invernales. Al llegar a la ermita, salió a recibirlos el ermitaño, que les dijo:

–Aquí dentro yace un caballero malherido. Le he preguntado su nombre, pero no me lo ha sabido decir, tal es la gravedad de su estado.

Perlesvaus y Gauvain entraron en la ermita y no les costó mucho trabajo reconocer en el herido al que antaño fuera el Caballero Cobarde. El caballero pareció despertar de un profundo sueño, dirigió su mirada a los recién llegados, y sonrió. Seguidamente lanzó un suspiro, y en aquel mismo instante entregó su alma a Dios.